

ber sabido aplicar con el mayor acierto las que otros muchos habian conocido y practicado ya, ántes de que él hubiese nacido siquiera. No insistiré mas sobre una cosa tan evidente.

Otra cuestion. Y estudiando y llegando á saber las reglas, ¿escribirá uno bien? Sí; si tiene talento y la debida instruccion en la materia. Sin esta se evitarán, observando las reglas, defectos en el lenguaje y estilo; pero la obra en el fondo no tendrá mérito alguno, y podrá estar llena de disparates: como si uno que nada supiese de Economía política, escribiese sobre esta materia. Y este era el error de los antiguos sofistas, creer que con solo las reglas del arte de hablar podian escribir bien sobre todo género de asuntos. No señor: es necesario saber perfectamente la materia de que se quiere hablar, y despues las reglas del arte. Estas son todavia mas inútiles sin el talento que se requiere para entenderlas y aplicarlas. Así no las hay en el mundo para que un estúpido ó un boto pueda componer una tragedia como la *Ifigenia* de Racine. Preguntar si un hombre, sin el talento necesario y con solo saber de memoria las reglas, puede hacer una buena composicion literaria, es preguntar si un hombre sin piés puede bailar como Véstris, porque haya leído en los libros todas las reglas del baile. Tres cosas son las que forman un buen escritor: 1.^a talento propio para el género en que escribe, porque no todos tienen el que cada uno requiere: 2.^a la instruccion que exige la materia sobre que ha de escribir: 3.^a gran conocimiento de las reglas y cuidado en observarlas puntualmente. Cualquiera de estas tres cosas que falte, no será perfecta la obra. Con el talento solo, sin la debida instruccion y sin reglas, se harán los, á veces sublimes pero siempre monstruosos, dramas de Shakespeare. Con el talento y la instruccion, pero sin saber las reglas ó sin querer observarlas, que es lo mismo que si no se supiesen, se hacen las comedias famosas y la *Jerusalen* de Lope, el *Bernardo* de Balbuena, etc. etc. Con las tres cosas reunidas, talento, instruccion y observancia de las reglas se hacen la *Iliada*, la *Eneida*, las *Comedias* de Moliere, las *Tragedias* de Racine, y en otros géneros las *Odas* de Horacio y la *Epistola moral* de Rioja. En suma, bien analizada esta gran cuestion sobre la necesidad de saber y observar las reglas de las composiciones literarias, está reducida á estas sencillas y evidentes proposiciones: 1.^a Debiendo entenderse por observancia de las reglas en las artes el cuidado de dar á las obras aquellas cualidades, sin las cuales no pueden ser perfectas, es

claro que no lo seran las que no tengan aquellos requisitos; que es lo mismo que decir, aquellas en que por ignorancia, descuido ó capricho hayan sido desatendidas las reglas. 2.^a Observadas estas, la obra no tendrá defectos, será *regular*; pero podrá no tener primores extraordinarios: estos son fruto del talento particular del artista. Mas breve: observando las reglas, se evitarán los defectos, lo cual es ya acercarse muchísimo á la perfeccion; y se llegará á esta, si á la puntual observancia de los preceptos se unen la instruccion y el talento necesarios para crear bellezas extraordinarias.

Esto es lo mismo que Horacio dijo con su acostumbrado juicio en aquellos tan sabidos versos de su arte poética: *naturá fieret laudabile carmen, an arte*, etc.; y ellos solos bastan para decidir la cuestion.

APÉNDICE SEGUNDO.

DE LO QUE EN MATERIAS LITERARIAS SE LLAMA *buen gusto*,
mal gusto.

Esta es otra cuestion no ménos debatida y famosa que la anterior, y que tambien está sin decidir, porque no se ha fijado bien el punto controvertido. Este es sin duda bastante metafísico; pero puede sin embargo ilustrarse suficientemente, si se acierta á determinar con exactitud el valor de los términos que se emplean. Procuraré hacerlo.

Todos saben que la palabra *gusto* significa en su acepcion literal y primitiva uno de los cinco sentidos corporales, por el cual percibimos y distinguimos las varias impresiones que hacen ciertos cuerpos sobre nuestra lengua. Estas percepciones se llaman *sabores*; y la facultad de sentirlos, y por consiguiente la de distinguirlos unas de otras, es propiamente lo que se llama *gusto* físico y material. Empleada pues esta palabra para designar la capacidad que tenemos para percibir, conocer y apreciar aquellas cosas que al oír ó leer las composiciones literarias, hacen en nosotros una impresion agradable ó desagradable; es claro que significará aquella mayor ó menor aptitud que tiene cada individuo de la especie humana, para distinguir lo que realmente es bueno, de lo que acaso lo pa-

rece, pero no lo es; lo completamente bello, de lo que no lo es tanto, ó es positivamente deforme. Hasta aquí todo es sencillo y claro, y todos están de acuerdo; pero luego se pasa á otras dos cuestiones mas complicadas y oscuras, y que no todos resuelven del mismo modo.

1.^a ¿Hay en las composiciones literarias cosas que sean en sí mismas buenas ó bellas, independientemente del aprecio que merecen al que las lee y del juicio que de ellas forma?

2.^a La aptitud para distinguir lo bueno de lo malo, lo feo de lo hermoso en materias literarias. ¿es una facultad puramente mecánica debida á la sola sensibilidad, ó es una facilidad que resulta del talento ó instruccion del que hace ó examina las composiciones?

En cuanto á la primera, si se determina bien lo que se entiende por bueno y bello, malo y deforme en las obras del ingenio, no puede haber dificultad en resolverla afirmativamente. Se llama pues bueno y bello todo cuanto, ya en las ideas, ya en la manera de ordenarlas, presentarlas y expresarlas, es conforme á la naturaleza del habla, á la de nuestras potencias intelectuales, y á la de aquellas cosas de que se trata; y malo ó feo todo lo que no es conforme á estas tres cosas. Así, por ejemplo, si los pensamientos de una obra son verdaderos absoluta ó relativamente segun lo exija su naturaleza, claros en aquel grado que permita la materia, naturales, fáciles, obvios hasta el punto que lo consientan las ideas de que consten, nuevos en todo ó en parte, acomodados á la calidad de los objetos de que se habla, y al tono que pide el género de la composicion, y sólidos en las serias; son buenos y bonisimos: y lo serian, aunque tal ó cual individuo, tal número de ellos, y aun todo el género humano dijese que no. Aquí hay un error parecido al que hemos indicado, hablando de las reglas. De estas se dice que son buenas, porque son conformes á la práctica de los buenos escritores, debiéndose decir que estos merecen el título de *buenos* porque las observaron fielmente. Del mismo modo se dice que tal composicion, verbi gracia la *Eneida*, es buena y hermosa, porque en todos los países cultos y en todos los siglos que han trascurrido desde que se compuso han convenido los inteligentes en que lo es; pero lo que debe decirse es, que los peritos en el arte la han calificado de *buen*a, porque la han hallado conforme á los principios fundados en las bases que quedan indicadas; los cuales son eternos é independientes de las composiciones

que se hayan hecho ó puedan hacerse, y anteriores á todas ellas. Así aun cuando todavía no se hubiese escrito epopeya ninguna, siempre seria buena cualquiera que en lo sucesivo se escribiera, si la accion fuese una, grandiosa é interesante, y el héroe principal digno de admiracion; si su carácter y los de los otros personajes fuesen buenos poéticamente, constantes y variados etc. etc.; y si el estilo, el lenguaje y la versificacion tuviesen las cualidades, que tan largamente quedan enumeradas y explicadas. ¿Se cree acaso que, aun cuando por imposible todo el género humano se empeñase en alabar una composicion épica, cuyos pensamientos fuesen respectivamente falsos, oscuros y fútiles; las expresiones bárbaras, incorrectas, impropias, vagas, débiles, chabacanas y duras; las cláusulas embarazosas, intrincadas y antibológicas; las metáforas alambicadas, incoherentes y mal sostenidas; el plan defectuoso, la accion múltiple, el héroe vil y despreciable, los caracteres mal dibujados, la versificacion lánguida y arrastrada, etc. etc.; seria por eso hermoso semejante monstruo? Nadie sostendrá tal disparate. Concluyamos pues con toda seguridad, que las buenas ó malas cualidades de las composiciones literarias son independientes del juicio que de ellas hayan formado ó formen uno ó muchos individuos; que serán necesariamente buenas las que sean conformes al modelo ideal que hemos delineado, y malas, mas ó ménos, las que mas ó ménos se alejen de este tipo primordial, cualquiera que sea la opinion de los hombres; porque esta puede ser equivocada por mil causas accidentales. Así hemos visto que en algunas épocas todos aplaudian producciones disparatadas y detestables; pero estos aplausos no las hicieron *buenas*, porque no está en manos de nadie mudar la naturaleza de las cosas. Y esta es la razon por que las pocas obras que se han acercado á la perfeccion, han agradado, agradan y agradarán siempre y en todos los países á cuantos, siendo jueces competentes, no han tenido, tengan ó tuvieren *el gusto* estragado por alguna causa accidental.

La segunda cuestion es mas fácil de resolver, si se distinguen dos cosas, que ordinariamente se confunden, cuando se ventila; á saber, la facultad de recibir placer ó incomodidad, al oír ó leer las composiciones literarias, y la aptitud para distinguir en ellas lo que con razon nos agrada ó incomoda, porque realmente es en sí mismo bello ó deforme, de aquello que produjo en nuestro ánimo uno de estos dos efectos, porque

nuestro órgano intelectual está acaso viciado. En efecto, sucede con estos sabores intelectuales, si podemos llamarlos así, lo que con los materiales y físicos; á saber, que cuando el órgano que los percibe, no está en su estado natural, tiene por amargo lo dulce, y lo salado por soso. Hecha esta distincion, es fácil conocer, que recibir placer ó disgusto al oír ó leer una composicion, es debido á la sensibilidad que nos ha dado el Autor de la naturaleza, es el resultado necesario de nuestra organizacion; pero el distinguir en el objeto agradable ó desagradable lo que produjo estas respectivas impresiones, y el poder decidir si son debidas á las cualidades reales de aquel ó á nuestra particular disposicion, esto es indudablemente obra del talento y producto de la competente instruccion. Por ejemplo, el hombre mas ignorante recibirá cierto deleite al leer una traduccion de la *Eneida*, porque Dios nos ha hecho de tal naturaleza que toda relacion de sucesos nuevos para nosotros, y todo lo que es mas ó ménos extraordinario y maravilloso, nos agrada; pero semejante lector no podrá darse razon á sí mismo de las cualidades de aquel escrito, ni decidir con seguridad si lo que á él le agradó, es realmente bello en sí mismo. Esto está reservado al hombre instruido, que conociendo á fondo los requisitos generales que ha de tener toda composicion literaria, y los particulares que exigen las épicas, para que con justicia se las pueda dar el nombre de buenas; está en estado de conocer, analizar, apreciar y admirar las bellezas de todo género que se encuentran en el poema de Virgilio. Lo mismo sucede en todas las artes. Por un efecto de nuestra organizacion ciertas combinaciones de sonidos que producen las vibraciones de algunos cuerpos, son gratas al oído, y otras le ofenden. Hasta aquí obra la pura sensibilidad; pero señalar luego en una composicion de música lo que se conforma con las leyes de la armonía, y lo que es contrario á ellas, es efecto del talento, propio de un profesor muy ejercitado é inteligente en este ramo. Ver representada en un lienzo la figura de un hombre é imitado hasta el color de su vestido y de sus carnes, causa placer á todo individuo de la especie humana que no sea enteramente estúpido; porque el ver repetidos en un cuadro con toda la ilusion de la perspectiva objetos materiales, produce cierto deleite en nuestro ánimo, ya por el solo principio de la novedad, ya por la admiracion que excita aquel fenómeno, ignorando la causa que le produce. Hasta aquí obra nuestra sensibilidad; pero si quere-

mos examinar luego, si aquel objeto está ó no bien imitado y fallar con seguridad que lo está ó no lo está, el sentimiento puro no basta; se necesitan el talento y la instruccion que indispensablemente exigen este exámen y este juicio. Lo mismo sucede con las obras de escultura y arquitectura, y hasta con las de los oficios. Al que no es inteligente en la materia le parecen bien ó mal, y en consecuencia las aprueba ó reprueba, tal vez con muy errada decision; pero solo el hábil profesor y el aficionado inteligente pueden decidir con fundamento y sin equivocarse, que son buenas ó malas, y apreciarlas ó despreciarlas con conocimiento de causa.

Resumiendo ya lo dicho acerca de las dos cuestiones propuestas, resulta: 1.º que las bellezas y fealdades, por decirlo así, de las composiciones literarias (y lo mismo deberá decirse respecto de las otras artes) son absolutas é independientes del juicio que de ellas se forme, porque en suma no son otra cosa que su conformidad ó discordancia con la naturaleza, la cual es independiente de nuestros juicios: 2.º que el sentir las confusamente, equivocándolas tal vez, pertenece á la pura sensibilidad; pero que el conocerlas, analizarlas, distinguir las y declararlas buenas ó malas, con no equivocado juicio, es de la competencia exclusiva del talento unido con la no pequeña instruccion que para semejante exámen y decision se requiere. Si alguno repusiese que el talento mismo y la instruccion son en cierto modo producto de la disposicion del sugeto, y hasta cierto punto se deben á la naturaleza; no tendré dificultad en confesarlo, con tal que por esta palabra se entienda la naturaleza mejorada, rectificada, perfeccionada é ilustrada por el estudio y el ejercicio, y no la naturaleza sin cultivo, cual se halla en nosotros anteriormente á la educacion literaria. El hombre que no haya salido de este estado, podrá decir que tal composicion le parece bien ó mal; pero no podrá estar seguro de que en realidad es ó no buena en su línea: para esto es menester conocer el arte por principios. Así el que no le ha estudiado, se equivoca muy frecuentemente en sus pareceres; pero el que tenga toda la instruccion necesaria, no se enganará nunca en el juicio que forme de la totalidad de la obra. Podrá no observar algun pequeño defecto ó no percibir alguna delicadísima belleza, porque estos juicios parciales dependen de los grados de su capacidad é instruccion; pero jamas dará por buena la que sea mala, ni por defectuosa y ridicula la perfecta y admirable. Ningun buen pintor, ó aficionado inte-

ligente, dirá que son obras maestras las pinturas de Orbaneja y mamarrachos las de Rafael.

Ilustradas y resueltas estas dos cuestiones, fácil será definir lo que se entiende por buen gusto y mal gusto en materias literarias. Porque, si las perfecciones y defectos de las composiciones son cosas reales, constantes é independientes del juicio que de ellas se forma, y si para que este sea fundado, cierto y seguro, es necesario que el juez reúna al talento natural la instruccion adquirida que exija aquel género de obras sobre cuyo mérito ha de fallar; es evidente que considerado el gusto, 1.º en la persona del autor, porque en efecto este es el primer juez de cada composicion; y 2.º en las de los lectores ú oyentes; tendrá buen gusto el escritor que distinguiendo bien lo falso de lo verdadero, lo fútil de lo sólido, lo aparente de lo real, lo necesario de lo superfluo, en suma, para no repetir lo que tantas veces se ha dicho, lo bueno bajo todos aspectos de lo que no sea por algun lado, adopte lo primero y deseche lo segundo. Y le tendrá igualmente el que oiga ó lea la composicion, si distinguiendo tambien lo que merece ser aprobado, de lo que fuere digno de reprobacion, alaba lo primero y reprueba lo segundo. Así el crítico instruido que examinando cuidadosamente la *Eneida*, reconoce que los pensamientos, las expresiones, su coordinacion, y hasta el mecanismo de los versos, tienen todas las cualidades que los constituyen buenos; que las formas oratorias están empleadas oportunamente, ya se considere la naturaleza del pensamiento á que se ha dado aquel giro, ya la situacion del personaje en cuya boca se pone; que la accion principal es una de las que por todas sus circunstancias pueden ser asunto de una epopeya, que las particulares de que consta, están bien imaginadas y enlazadas entre sí; que los episodios tienen la debida conexion y son oportunos; que el plan es juicioso y arreglado; que la narracion es viva, animada, rápida y pintoresca; que está amenizada con descripciones y digresiones no muy largas ó incoherentes, y engalanada con todas las riquezas de la mas elevada poesia etc. etc.; y al mismo tiempo observa que los caractéres todos, ménos el de Dido, no están perfectamente dibujados, ni son muy variados; que el del héroe no es tan interesante como debía serlo; que la máquina está empleada alguna vez sin necesidad; que (1) Ascanio en el libro I. es un niño que Vénus

1. Esta critica no la he leído en libro ninguno, ni se la he oído á nadie; pero me parece fundada.
(Nota del autor.)

coge y lleva en sus brazos y Dido acaricia en su regazo, y sin embargo de allí á pocos dias sale en un brioso caballo á matar jabalies; que Vénus pide á Vulcano una armadura para Enéas, no porque este la necesite, sino para que el poeta pueda imitar á Homero y adular á Augusto, y algun otro descuidillo si le hay; este crítico, decimos, puede afirmar con seguridad que Virgilio tuvo en poesia gusto, no solo bueno sino purísimo, fino, delicado, á pesar de que en su poema se observe alguna manchita de aquellas *quas aut incuria fudit, aut humana parum cavit natura*; el mismo crítico será un aficionado de buen gusto á juicio de los inteligentes. En suma el buen gusto al componer y al juzgar, consiste en distinguir lo bueno de lo malo; en adoptar y apreciar lo primero, y desechar y reprobado lo último. Y como estas operaciones no pueden ser obra sino del talento competentemente ilustrado, es evidente que el tener buen gusto, es exclusivamente efecto de la instruccion, pues la disposicion natural del sugeto no contribuye á ello, sino como contribuye á todas las demas habilidades del hombre, en cuanto un estúpido no puede ser ni autor, ni crítico, ni nada mas que un poste.